

VIOLENCIA PARA EL CONTROL Y LA DOMINACIÓN SOCIAL DESDE TIEMPOS DE LA TRIPLE ALIANZA

Aldo Israel Sánchez Avendaño¹

Resumen

El uso de la violencia en niveles extremos ha sido un sello distintivo desde hace siglos como un medio para obtener beneficios tanto económicos como políticos. Para constatarlo, a partir de una recopilación documental, se llevó a cabo un análisis cualitativo y una descripción detallada de los usos de la violencia extrema como una forma de control y dominación de sociedades enteras en tiempos prehispánicos. El análisis de este caso en particular se centra en el Período Posclásico Tardío (1200 d. C.-1520 d. C.), el cual fue caracterizado por la formación de la Triple Alianza, una forma de cogobierno del imperio mexicana, conformada por Texcoco, Tlacopan y Mexico-Tenochtitlan. Esta institución política se apoderó de una gran parte del territorio mesoamericano mediante acciones militaristas y estrategias para infundir miedo. Por lo tanto, se concluye que los diversos usos de violencia extrema derivaron en el control social, económico y territorial de los poblados, facilitando la dominación de las comunidades. No obstante, se destaca la transmisión generacional del trauma y la ideologización de la muerte mediante la cultura, así como el notorio desgaste social que existía justo antes de la llegada de los europeos al continente.

Palabras clave: Violencia, control social, dominación social, mexicas.

¹ Licenciado en Psicología, Centro Universitario del Norte, Universidad de Guadalajara.
aldo.israel@cunorte.udg.mx

Introducción

El Período Posclásico Tardío (1200 d. C.-1520 d. C.) fue un lapso temporal característico por la expansión del imperio mexica, antes llamado azteca, previo a la llegada de los españoles al continente. Durante ese tiempo, la unión política del gobierno de Texcoco, Tlacopan y Mexico-Tenochtitlan, la Triple Alianza, fue considerada como la mayor exponente de violencia en la región, pues lograron imponer un dominio territorial, ideológico y político sobre una gran mayoría de poblaciones mediante acciones militaristas, es decir, actos sumamente violentos sobre otros poblados con tal de infundir miedo y lograr ejercer poder sobre estos.

Durante los siglos XV y XVI, la adoración por la deidad Huitzilopochtli tuvo un auge importante en la región y, por ende, la intensificación de sacrificios humanos, extirpaciones de corazones, masacres masivas o el uso de tzompantlis, es decir, altares donde colocaban personas torturadas o restos humanos con el fin de enviar mensajes políticos e infundir miedo en la población. En otras palabras, desde tiempos prehispánicos, se ha utilizado la violencia extrema para controlar y dominar individuos y poblaciones enteras para ejercer el control de rutas comerciales, recursos naturales o asuntos políticos. Los impactos y afectaciones psicosociales son claros al situarlos en su debido contexto histórico y cultural, destacando la reproducción de círculos de violencia y miedo generalizado, traumas transgeneracionales, la imposición de sistemas de creencia y la ideologización mediante la cultura.

Metodología

A lo largo de estos renglones, desde un corte cualitativo, se busca identificar y describir los diferentes usos de la violencia extrema para infundir miedo como forma de control y dominación psicológica, social y política en tiempos prehispánicos por parte de la Triple Alianza. Tal como afirma Anguera (1995), a partir de un proceso sistemático de recolección de datos, es posible analizar un evento, conducta o situación; siempre y cuando sea entendida desde su contexto espacio-temporal.

Asimismo, el análisis cualitativo se puede entender como un conjunto de procedimientos para estructurar, procesar e interpretar resultados mediante el bagaje teórico y juicio de quien investiga (López & Scandroglio, 2007).

Por lo mismo, la metodología cualitativa no debe pretender generalizar resultados, sino que aumentar los datos tanto como se pueda con tal de obtener la información suficiente para ofrecer conocimiento válido de carácter explicativo (Anguera, 1995). De este modo, las unidades de análisis seleccionadas fueron el miedo, los usos de la violencia, el control/dominación social y los impactos psicosociales, además de partir de la diferenciación del contexto socio histórico, pues el periodo temporal elegido se establece en gran parte de Mesoamérica durante el Periodo Posclásico Tardío (1325-1521 d.C.).

Imperio mexica y la Triple Alianza

En un principio llamados aztecas, los mexicas migraron desde Aztlan por promesas de su deidad principal respecto a un lugar mejor que los esperaba, el cual encontrarían mediante una señal divina. Peregrinaron hasta el lago de Texcoco, donde además de tener un encuentro bélico, encontraron la señal anhelada: un águila devorando una serpiente. Esto bastó para comenzar el dominio imperial mexica; se asumieron como pueblo elegido por los dioses, su ideología se deformó y se atribuyeron cualidades vinculadas a la guerra. Fundaron Mexico-Tenochtitlan, pero también una ideología política con el objetivo económico de obtener tributos, político por expandirse territorialmente e ideológico para generar sacrificios en honor de sus deidades y así controlar a la población (Márquez Lorenzo, 2009; Delgado de Cantú, 2015).

El nombre de la Triple Alianza, surge entonces después de 1428 cuando los pueblos mexicas dominados bajo el poder de Azcapotzalco se libraron al vencer a los tepanecas, forman una alianza política y le dan uso militar a la institución con fines más allá de los de expansión. Según Herrera Meza, López Austin y Martínez Baracs (2013) el proceso histórico que tuvo la Triple Alianza fue gradual; comenzaba con uno de los Estados más poderosos, como Mexico-Tenochtitlan, colocándose o asumiéndose en una posición de superioridad, sacando provecho de ella militarmente para obtener poder y riqueza junto con sus aliados.

En términos simples, la Triple Alianza refiere a los gobiernos de Texcoco, Tlacopan y Mexico-Tenochtitlan a finales del siglo XV y principios del XVI, siendo los dos primeros poblados los menos relevantes, cuya función especial era la de elegir a los gobernantes mexicas. Su conformación cobra mucha relevancia en el Período Posclásico Tardío, es decir, entre el 1200 d.C. y 1520 d.C., pues fue en este lapso donde los mexicas se colocaron como cabeza imperial y dominaron gran parte del territorio mesoamericano, justo antes de la conquista de los españoles y el inicio de la vida colonial. Un tiempo caracterizado por la expansión del poder mediante la conquista, el incremento del militarismo y la tributación a los vencidos, además de un aumento en la expresión artística con analogías a la muerte, lo bélico y al sacrificio humano (López Austin & López Luján, 2000; Herrera Meza, López Austin, & Martínez Baracs, 2013; Márquez Lorenzo, 2015).

Las funciones o facultades que tenía la Triple Alianza sobre los territorios dominados iban desde el apoyo para la construcción de obras públicas, el reconocimiento de aliados, el poder judicial sobre la región y acuerdos militares con objetivos hegemónicos para controlar rutas comerciales. Aseguraban la permanencia en el poder, centralizaban la riqueza producida por el tráfico mercantil y la distribución de tributos y tributarios, los cuales podían ser de pueblos que quedaron desde un principio bajo su dominio, poblados conquistados, o bien, de quienes fueron sometidos pacíficamente. De hecho, se estiman dos quintos dirigidos para Mexico-Tenochtitlan, dos quintos para Texcoco y un quinto para Tlacopan (Herrera Meza, López Austin, & Martínez Baracs, 2013).

De esta manera, ciertos sitios se volvían más relevantes que otros, pues dependiendo de la capacidad productiva de ciertos poblados, los mexicas llevaban a cabo acciones bélicas con el fin de apropiarse de sus excedentes. Como ejemplo, en 1444 en la Huasteca meridional, donde Tetzapotitlan, provincia reconocida por tener la mayor producción de prendas de algodón en la Costa del Golfo, inicia la extracción de tributo por parte de las sociedades del Altiplano, situación que generó periodos de estabilidad y crisis en cuanto al dominio político, obviamente perjudicantes a las sociedades de la Triple Alianza (Márquez Lorenzo, 2015). Posterior a eso, se ha documentado entre 1450 y 1454 la construcción de un templo dedicado a Chicomecóatl en Mexico-Tenochtitlan, situación que viene de la mano con el dominio territorial y la manipulación ideológica. Será o no coincidencia, pero entre 1458 y 1480 existió una época donde se intensificó la guerra y los levantamientos en contra de los mexicas por parte de las provincias dominadas, sin embargo, ninguna tuvo éxito (Márquez Lorenzo, 2015).

A partir de la última fecha mencionada, la población de las provincias dominadas, pero en especial la nobleza, se vio obligada a reconocer las características culturales de los grupos dominantes como propias, así como a involucrarse en los actos rituales para no perder o dañar su estatus social. Además, incluyeron a todas las infancias en estos ritos para generar el adoctrinamiento o la adopción de los cultos por generaciones al hacerlos crecer bajo un nuevo régimen político e ideológico (Márquez Lorenzo, 2021).

Militarismo prehispánico

De acuerdo con López Austin y López Luján (2008), la escuela, el templo y la milicia eran instituciones controladas por el gobierno donde se buscaba inculcar las normas y valores referentes a lo militar y la muerte desde la infancia, por lo que la sociedad mexica sufría los efectos producidos por el manejo político y militarista de la Triple Alianza sobre el territorio a temprana edad. Además de dichos mecanismos estatales, la inculcación de tradiciones y costumbres, así como el involucramiento de las infancias consolidó el desarrollo de nuevas generaciones bajo un nuevo régimen (Márquez Lorenzo, 2012).

Esto es importante a considerar por Barriga Cuevas (2012), pues afirma que las infancias ocuparon entre el 40-60% de la población total y desde antes de su nacimiento ya tenían un papel importante para la sociedad. Realizaban celebraciones para recién nacidos donde se les asignaba su destino según su género, en el caso de las mujeres, se les entregaba huso para hilar y una escoba, además enterraban su cordón umbilical bajo el hogar para destinarla a cuestiones laborales en casa. A los hombres se les daban herramientas de agricultura o cacería, acompañada de un escudo y cuatro flechas atadas a su cordón umbilical, para después ser enterrado en algún campo de guerra; eran destinados a dar de beber al sol con la sangre de enemigos y

morir en combate. Además, aseguraron su adoctrinamiento mediante prohibiciones y castigos según la edad y el sexo, empezando por ser punzados con espinas de maguey, golpes con palos, aspirar humo de chiles o que los niños se acuesten desnudos en tierra húmeda o las niñas barran durante toda la noche.

Se dejaba de considerarles como niña o niño a los 13 años, también conforme a sus características físicas y psicológicas o por la decisión de sus padres para su progresiva inserción en el mundo social mediante su participación en trabajos dentro la casa familiar, así como funciones políticas, económicas y ceremoniales de la misma. La infancia entonces tenía un valor muy importante para la sociedad mexicana, pues además eran a quienes podían imponerles un sistema de creencias y de costumbres específicas referentes a la guerra, la muerte o de rituales (Barriga Cuevas, 2012). Más aún cuando se efectuaron reformas en la educación que tenían como objetivo principal la obtención de soldados excepcionales, adoctrinados desde la infancia con una ideología bélica para ser respetado en la sociedad (Bueno Bravo, 2006).

Esta forma de pensar fue inculcada por la misma clase dominante como una ideología de tinte militarista, donde se exalta la gloria de las armas y se es devoto a dioses que ansían por sangre, como lo es Huitzilopochtli, el dios patrono de los mexicanos, quien tenía un carácter guerrero y, por lo tanto, para rendirle culto se debían tener ciertos estándares mínimos de la muerte, los cuales eran inculcados desde la escuela, el templo y la milicia (López Austin & López Luján, 2008). Los sacerdotes, además de dirigir la religión a la par de sus festividades y rituales, condujo el sistema educativo del Estado e incluso a la producción artística en todas sus formas. Cabe mencionar que tenían la posibilidad de ser guerreros, teniendo como funciones más relevantes llevar a los encuentros armados estandartes de sus principales dioses o recoger a víctimas para el sacrificio entre los vencidos (Cartwright, 2015).

Las sociedades mesoamericanas paulatinamente se convirtieron en señoríos y Estados hegemónicos donde los rituales que conllevaban el sacrificio humano se volvieron más complejos, pues las motivaciones inmediatas de la práctica se modificaban según los cambios políticos y económicos que sucedían. De esta manera, en los periodos donde las entidades políticas competían por la supremacía militar, los Estados más poderosos intensificaron el ejercicio del rito, alterando su sentido con el propósito de ampliar su dominio y despojar a las personas (López Austin & López Luján, 2000).

En palabras de Márquez Lorenzo (2012), con la acción militarista fue posible el reconocimiento de la Triple Alianza no solo de forma política, sino también ideológicamente, permeando dentro de lo económico y sagrado de los poblados. Su estrategia para conquistar era mediante el temor, con amenazas de guerra y actos de demostración de poder económico y político. Al colocarse como triunfadores de ciertos encuentros bélicos de los que dependía la conquista, se realizaban sacrificios en el lugar e introducían templos o modificaciones arquitectónicas en ellos en honor de Huitzilopochtli para así concretar la ocupación territorial y la dominación ideológica.

Violencia extrema para el control

Las estrategias de dominación social refieren al conjunto de acciones realizadas por parte de la Triple Alianza en el Periodo Posclásico Tardío para obtener beneficios al ejercer control económico, político e ideológico sobre los territorios. De acuerdo con Bravo Coutiño (2020), las élites gobernantes en Mesoamérica tomaban decisiones político-administrativas como la guerra para controlar recursos naturales y rutas comerciales, extender su dominio y asegurar la permanencia en el poder durante más tiempo.

No obstante, la dominación, ya fuera producto de un sometimiento pacífico o de un control territorial, conllevaba dominación psicológica con actos para atemorizar a la población mediante amenazas constantes de guerra, la demostración de poder bélico y económico, el sacrificio masivo de grupos de la población, entre otras cosas. De esta manera, el imperio mexica emprendía campañas militares de las cuales tenían que regresar triunfadores y con cautivos para las festividades que conllevaban sacrificios humanos, las cuales se ha confirmado tenían el propósito de alardear el poder militar, así como mostrar las posibles consecuencias de oponerse a su hegemonía. Por lo tanto, cabe mencionar que los gobernantes de los pueblos aledaños eran invitados a presenciar los espectaculares ritos para aterrorizarlos. Prácticamente ahí tenían que tomar la decisión si eran sometidos pacíficamente o intentaban rebelarse (López Austin & López Luján, 2008).

Eventualmente, los pueblos vecinos comenzaron a compartir una visión del mundo donde tenían las mismas deidades, por lo tanto, los mismos ritos y ceremonias. La famosa xochiyaoyotl o “guerra florida” nace en este contexto, donde los ejércitos enemigos se enfrentaban hasta que alguno pidiera tregua, sin embargo, no existía un interés de dominio territorial ni tributario, el beneficio era que, al terminar, podían llevarse a sus provincias a los soldados que hubiesen capturado vivos con el fin de ser víctimas de sacrificios humano. Aunque, claro, las frecuencias de estos eventos fueron disminuyendo la población varonil de los otros poblados y por ende se debilitaron económica y militarmente (López Austin & López Luján, 2008).

Para Márquez Lorenzo (2015) la cantidad de sacrificios no modificó en mayor medida la extracción de tributo, sino que introdujo comportamientos nuevos y el florecimiento de una producción cultural distinta muy ligada a las ideologías de los grupos dominantes. Este proceso se incrementó solamente mediante la imposición de los sistemas de creencias, valores y normas del imperio mexica, y su posterior inculcación en el seno familiar. Por un lado, la imposición comenzó a partir de la colonización territorial con la incorporación de un nuevo discurso oficial estrechamente relacionado con el orden militar y propaganda religiosa. Por el otro lado, la inculcación surgió de las masacres realizadas a un porcentaje considerable de la población masculina de ciertas provincias, sacrificios masivos de guerreros o el despojo brutal de recursos a habitantes de algunas localidades.

Márquez Lorenzo (2012), nombra al lapso de 1480 a 1521 d.C. como un “Período de imposición cultural mexica” por todas las alteraciones culturales que estaba sufriendo una gran parte de Mesoamérica, pues la Triple Alianza mediante las acciones militaristas buscaba el reconocimiento político e ideológico de los pueblos subyugados. La imposición requirió acciones como la colocación de los númenes principales de los mexicas en el lugar donde se encontraba el de la población conquistada, es decir, la introducción de templos de Huitzilopochtli o la modificación de los anteriores, con características arquitectónicas acordes al nuevo orden político.

El origen de Huitzilopochtli, según los mitos, es el de una deidad de guerra que en su nacimiento mata a sus hermanos de una forma muy particular: extirpando sus corazones y desmembrándolos. Esto se impuso como dogma en la religión, y por lo tanto, como una forma de manifestarse frecuentemente frente a los pueblos por conquistar para el efectivo reconocimiento de Huitzilopochtli como deidad suprema (Márquez Lorenzo, 2015). Más aún, partiendo del fundamento religioso con el que dominaban, pues lo postulaba como un “padre adoptivo” que con benevolencia protegía a los pueblos subordinados ante su protección (Herrera Meza, López Austin, & Martínez Baracs, 2013).

La sociedad mexica en su papel de pueblo dominador, se hizo valer físicamente mediante la guerra e ideológicamente con el dios Huitzilopochtli, representación del sol, fortaleciéndolo con corazones humanos. Se representaban a sí mismos como los elegidos y así justificaban sus acciones militaristas que consistían en infringir temor en las demás poblaciones, buscando su rendición pacífica, o la dominación territorial mediante la guerra, en ambos casos con la búsqueda de tributo (Márquez Lorenzo, 2009).

La mayoría de los datos sobre sacrificio humano se encuentran situados en México-Tenochtitlan. El más común consistía en la tlacamiictiliztli o cardioectomía, es decir, la extracción del corazón. Se colocaba a la víctima de espaldas sobre el téchcatl, o sea, unas piedras gigantes posicionadas de tal forma que fuera visible para toda la multitud reunida en la base del basamento piramidal presenciando la ceremonia. Cuatro sacerdotes sostenían las extremidades mientras que un quinto le ponía una argolla de madera en la garganta para impedir que gritara y además inducir a una muerte por asfixia, así, el sexto y principal sacerdote empujaba el técpatl o cuchillo de pedernal y abría el tórax para arrancarle por la herida el corazón (Barrera-Ramírez & Guerrero-Orduña, 1998). Es pertinente resaltar la utilización de cuchillos elaborados a base de pedernal y piedra dura afilada, lanceolada y con una punta aguda que permitiera la penetración al cuerpo. Llama la atención que los instrumentos sacrificiales eran personificados con seres divinos y eran por lo tanto objetos votivos (López Austin & López Luján, 2008).

Cabe mencionar que antes del sacrificio, las personas solían ser sometidas al fuego de una hoguera o ser lastimados con flechas y navajas. En otros casos podían ser golpeados, degollados, ahogados, desollados, encerrados en cuevas, eviscerados o

cocidos en baños de vapor. Posterior al sacrificio los cadáveres eran arrojados desde la cima de los basamentos piramidales y, aunque solo en algunos casos se practicaba el canibalismo, el resto de las veces podían ser descuartizados o decapitados, pues algunas partes del cuerpo eran concebidas como trofeos; por ejemplo, la cabeza y el fémur eran considerados objetos sagrados (Solari, 2005; López Austin & López Luján, 2008).

En muchas ocasiones, los cráneos eran perforados por las sienas y se les era incrustada una vara para ser colocados en conjunto sobre los tzompantlis, es decir, plataformas que en cuya cima poseía dos postes de madera para colocar la vara mencionada donde se suspenderían en el aire los cráneos, extremidades o huesos largos de personas en sitios estratégicos con el objetivo enviar mensajes políticos. La mayor parte de las víctimas solían ser cautivos de guerra o esclavos de entre veinte y treinta años de edad, aunque hubo un momento en que se utilizaron indistintamente cuerpos de jóvenes, mujeres e infancias (Solari, 2008; Carreón Blaine, 2006).

Si bien los rituales colectivos ayudaban a protegerse incluso de enfermedades y catástrofes o se utilizaban para buscar la protección de dioses (Menéndez, 2022), el Estado solía postularse a sí mismo como ofrendante para recibir los beneficios esperados de los sacrificios que generalmente eran de corte político. Por esta razón, López Austin y López Luján (2000) aseguran un aumento e intensificación de los rituales mexicas de sacrificio humano dirigidos a Huitzilopochtli con el paso del tiempo, pues pasó a ser una forma de demostración de poder por parte de los grupos mexicas y no un evento esencialmente religioso.

La Triple Alianza invitaba a gobernantes de las provincias a conquistar con el fin de atemorizarlos y, en el mejor de los casos, someterles pacíficamente solamente con el miedo provocado ante los ejercicios de sacrificio humano (Márquez Lorenzo, 2015). No obstante, lo hacían de forma masiva y, por ende, se le consideró como una forma de terrorismo con fines de represión contra los pueblos que se rebelaban y de dominación a otras ciertas poblaciones (Solari, 2005). La llegada de los españoles y su eventual conquista data de 1521 en adelante, por lo cual es lógico que durante su estadía vieron toda clase de ceremonias que llevaron a clasificar a la sociedad mexicana como de las más crueles, sangrientas o sacrificadoras por excelencia (López Austin & López Luján, 2008).

El miedo para la dominación ideológica

Es cierto que no es del todo posible conocer cuánto o de qué manera afectaron los procesos de dominación social, conquista territorial e imposición ideológica a la vida cotidiana de la sociedad mexicana durante la guerra en el Periodo Posclásico Tardío (1200 d.C.-1520d.C.). A juzgar por Madariaga (2002) los mismos eventos traumáticos son una estrategia de dominación social con el objetivo de afirmar un modelo de sociedad, así como para controlarla. Sin duda, atendiendo a lo comentado anteriormente, todas las

acciones político-administrativas de la Triple Alianza estuvieron mediadas por la fuerza militar y, por lo tanto, la violencia, con tal de someter a los poblados y sus habitantes bajo el yugo de la élite mexica. No obstante, la sujeción ideológica resultó ser la técnica de dominación más eficaz para ellos.

Por un lado, dicho proceso de ideologización comenzó desde el reino de Itzcóatl cuando decidió borrar toda documentación sobre la cultura mexica del pasado donde habían perdido algunas batallas, para comenzar una nueva historia oficial donde se postulaban como un pueblo valiente y guerrero acogido por Huitzilopochtli, deidad que representaba al sol y recibía corazones humanos como ofrenda. Eventualmente, con el establecimiento de la Triple Alianza y los procesos militaristas que emprendieron para dominar gran parte de Mesoamérica, lograron también controlar todo el sistema educativo y religioso regional (Bueno Bravo, 2006).

En otras palabras, las acciones bélicas y actos violentos realizados por el Estado fueron emprendidas para que las poblaciones reconocieran a la Triple Alianza como una fuerte entidad política, económica e ideológica, pues su inherente vínculo con la deidad Huitzilopochtli que por naturaleza es violenta, asesina y extirpadora de corazones, implicó que bajo un discurso religioso se intensificara e incrementara el uso del sacrificio humano, las cardioectomías, las matanzas colectivas, entre otras experiencias traumáticas con el objetivo de dominar a las poblaciones por el miedo producido.

Esto quiere decir que, si bien la sociedad bajo el yugo de la Triple Alianza concebía estas acciones como un deber sagrado y, hasta cierto punto, como una salvación hacia la humanidad o un estímulo para que sucedieran ciertos fenómenos naturales, las sociedades que eran dominadas no, más bien, lo percibían como una experiencia traumática que infundía miedo en la población. Los tzompantlis, o bien, la exhibición de múltiples cuerpos torturados, quemados o destazados, cabezas o huesos en altares acompañados de mensajes políticos, así como otro tipo de demostraciones de poder económico, político y bélico constantes fueron fundamentales para lograrlo.

No obstante, la ideologización fue la clave para dominar a las poblaciones, pues además de usar las estrategias violentas que difunden miedo, a su vez impusieron sistemas de creencias, en especial religiosas, mediante la colocación de templos a Huitzilopochtli, así como obligando a la población a estar presente tanto en las ceremonias de sacrificios humanos como en la milicia. Además, a la par tuvieron el control del sistema educativo y con el paso del tiempo de los sistemas informales como la misma cultura, donde se cultivaron las ideas bélicas como un mínimo de aprobación social.

Todas las características violentas y deshumanizadoras utilizadas por la Triple Alianza a lo largo del Período Posclásico Tardío durante su expansión y dominio en el territorio mesoamericano rinde cuentas de dichos cambios particulares en su forma de relacionarse con los otros. Su discurso ideológico-religioso fungió como justificación del uso desmedido de violencia a otras personas para conseguir beneficios

económicos y políticos a costa del miedo generado en las poblaciones enemigas, sin embargo, entre la misma sociedad mexicana también.

La postura del presente trabajo es que la violencia no es justificable por ningún medio, menos aún el religioso, sin embargo, aunque no se comparta dicha noción, para la misma sociedad mexicana pareciera tampoco cobrar sentido, pues el enfermo mental era llamado *yollopoliuhqui*, palabra que significa literalmente “el que ha perdido el corazón”, como si lo que actualmente concebimos como cabeza o psique fuera el corazón en la psicología de los aztecas. Pero, sobre todo, consideraban en las personas tres *psiquismos*, uno en la cabeza o *tonalli*, determinante del temperamento en las personas, el del hígado o *ihiyotl*, como fuente de energía o fuerza emocional, y en el corazón o *yollotl* o *yolia*, como lo que da vida y corresponde a funciones intelectuales (Pavón-Cuéllar, 2013).

De esta manera, se repitieron ciclos de violencia en grupos cada vez más pequeños, intensificando los impactos y afectaciones en los sectores más vulnerables como en las mujeres, las infancias o los esclavos; definiendo así en esta etapa a toda la población como intensamente violenta. Situación que contradice los registros sobre la psicología mexicana, quienes tenían un profundo respeto por otras culturas e incluso en su cosmovisión el corazón era el centro intelectual y anímico de las personas. Si bien no significa que las dos situaciones pudieran converger en el tiempo, desde la perspectiva de este trabajo, es una de las mayores afectaciones psicosociales, pues se traduce como una notoria ruptura del tejido social por la eliminación de su sistema de creencias, la perturbación en sus formas de vida cotidiana, los graves efectos producto de la violencia, la intensificación de riesgo en grupos vulnerables, el control y dominio territorial, político, educativo y económico.

Si acaso se puede decir final

Durante el Periodo Posclásico Tardío (1200 d.C.-1520d.C.), justo antes de la llegada de los españoles al continente, la Triple Alianza, como una forma de cogobierno del imperio mexicano, fue considerada como el centro económico de Mesoamérica por su control sobre las mercancías, recursos naturales, rutas comerciales, zonas productivas y la extracción tributaria de poblados sometidos mediante acciones militaristas. Su permanencia en el poder fue garantizada por la violencia extrema y la ideologización en consecuencia de la habituación de los eventos traumáticos a los que fueron sometidos, su resignificación religiosa y el trauma psicosocial transgeneracional permeado en la educación y la cultura.

A pesar de los avances económicos, políticos, administrativos y territoriales, fue a costa de la violencia y la imposición ideológica que el imperio mexicano dominó socialmente a otros poblados más vulnerables, contradiciéndose con las premisas de su psicología de respeto hacia otros seres vivos o su cosmovisión tan familiar a la naturaleza, el cosmos y el entorno. Por ende, para la llegada de los europeos a Mesoamé-

rica, además de encontrarse con un escenario sangriento y de corazones al aire libre, hallaron un conjunto de sociedades hartas del dominio de la Triple Alianza, y por ende, comunidades inestables y conflictos internos que facilitaban la conquista que ahora se les avecinaba a todas las culturas en general.

Referencias

- Anguera, M. T. (1995). *Método de investigación en psicología*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Barrera-Ramírez, C. F., & Guerrero-Orduña, E. A. (1998). El corazón y la sangre en la cosmovisión mexicana. *Historia y filosofía de la medicina*, 135(6), 641-651. https://www.anmm.org.mx/bgmm/1864_2007/1999-135-6-641-652.pdf
- Barriga Cuevas, A. D. (2012). La representación social de la infancia mexicana a principios del siglo XVI. En Sosenski, S. y Jackson Albarrán, E., (Eds.) *Nuevas miradas a la historia de la infancia en América Latina. Entre prácticas y representaciones*. (págs. 23-62). México: IIH UNAM.
- Bravo Coutiño, J. P. (2020). *Redes de poder en el Señorío de Chiapa de Corzo durante el período Postclásico Tardío*. México: Universidad Autónoma de Chiapas.
- Bueno Bravo, I. (2006). La guerra mesoamericana en época mexicana. *Estudios de Cultura Náhuatl*, 37, 253-274. <https://nahuatl.historicas.unam.mx/index.php/ecn/article/view/9321>
- Carreón Blaine, E. (2006). Tzompantli, horca y picota. *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 28(88), 05-52. <http://dx.doi.org/10.22201/iie.18703062e.2006.88.2212>
- Cartwright, M. (23 de noviembre de 2015). *La sociedad azteca [Aztec Society]*. Obtenido de World History Encyclopedia: <https://www.worldhistory.org/trans/es/2-845/la-sociedad-azteca/>
- Delgado de Cantú, G. M. (2015). *Historia de México. Legado histórico y pasado reciente*. . México: PEARSON EDUCACIÓN.
- Herrera Meza, M. d., López Austin, A., & Martínez Baracs, A. (2013). El nombre náhuatl de la Triple Alianza. *Estudios de Cultura Náhuatl*, 46, 7-35. <https://nahuatl.historicas.unam.mx/index.php/ecn/article/view/77723>
- López Austin, A., & López Luján, L. (2000). La periodización de la historia mesoamericana. *Arqueología Mexicana*, 8(43), 14-23. <https://www.mesoweb.com/es/articulos/sub/AM043.pdf>
- López Austin, A., & López Luján, L. (2008). Aztec Human Sacrifice. En E. M. Brumfiel, & G. M. Feinman, *The Aztec World* (págs. 137-152). Nueva York: The Field Museum.

- López, J. S., & Scandroglio, B. (2007). De la investigación a la intervención psicosocial: la metodología cualitativa y su integración con la metodología cuantitativa. En A. Blanco, & J. Rodríguez Marín, *Intervención Psicosocial* (págs. 555-606). Madrid: PEARSON EDUCACIÓN, S.A.
- Madariaga, C. (2002). TRAUMA PSICOSOCIAL, TRASTORNO DE ESTRÉS. *CINTRAS*, 1-24. https://www.cintras.org/textos/monografias/monog_trauma_psicosocial_espanol.pdf
- Márquez Lorenzo, E. (2009). La “Piedra del Maíz” de Castillo de Teayo. La imposición de cultos como estrategia de dominación ideológica de la Triple Alianza. Xalapa, Veracruz, México: Universidad Veracruzana.
- Márquez Lorenzo, E. (2012). *Aspectos teóricos y metodológicos para el análisis de las representaciones de Tláloc y Chicomecóatl en Tetzapotitlan (Castillo de Teayo)*. Distrito Federal: Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Márquez Lorenzo, E. (2015). La conformación militarista de la sociedad Mexica. En *MEMORIA del 1er Congreso Nacional de Historia Militar de México, a través de los Archivos Históricos, Tomo I* (págs. 157-174). México: Secretaría de la Defensa Nacional.
- Márquez Lorenzo, E. (2020). Estética y Poder en Castillo de Teayo: Las Representaciones Mexicas y sus Implicaciones Sociales (1480-1521 d.C.). En N. Schulze, M. N. Caretta, & B. Lailson, *Expresiones Materiales del Poder en el Contexto Arqueológico del México Prehispánico* (págs. 133-161). México.
- Márquez Lorenzo, E. (2021). La Asimilación de Discursos Mítico-Rituales Mexicas en Tetzapotitlan. El Caso de la Propaganda Ideológica Política y Religiosa de la Triple Alianza en Castillo de Teayo. *Revista Panamericana de Comunicación*, 3(2), 145-154. <https://doi.org/10.21555/rpc.vi2.2445>
- Menéndez, E. L. (2022). Orígenes y desarrollo de la medicina tradicional: una cuestión ideológica. *Salud Colectiva*, 18. <https://doi.org/10.18294/sc.2022.4225>
- Pavón-Cuéllar, D. (2013). La psicología mesoamericana: ideas psicológicas, psicopatológicas y psicoterapéuticas en las culturas maya, purépecha y azteca. *Memorandum*, 25, 93-111. <https://www.fafich.ufmg.br/memorandum/wp-content/uploads/2013/12/pavoncuellar01.pdf>
- Solari, A. (2005). *Los Tzompantli del recinto Sagrado de México-Tenochtitlan*. Buenos Aires, Argentina: Universidad de Buenos Aires. <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/984>